

Sandokán

Los tigres de Mompracem

Emilio Salgari



Sandokán: *Los tigres de Mompracem*
Emilio Salgari
Título original: *Le tigri de Mompracem*
First published in Italian in 1900

Copyright © 2015 ROH Press

Cover: *Le Tigri di Mompracem*, Alberto Della Vale, 1906

All Rights Reserved. Published internationally by ROH Press.
No part of this book may be reproduced or transmitted in any form
or by any means, graphic, electronic, or mechanical, including
photocopying, recording, taping, or by any information storage
retrieval system, without the written permission of the publisher.

<http://www.rohpress.com/>

Nuestros títulos en español

Todas las aventuras de Sandokán

Los tigres de Mompracem

Los misterios de la Jungla Negra

Los piratas de la Malasia

Los dos tigres

El Rey del Mar

A la conquista de un imperio

La venganza

La reconquista de Mompracem

Revolta en Assam

Todas las aventuras del Corsario Negro

El Corsario Negro

La Reina de Los Caribes

Yolanda, La Hija del Corsario Negro

Our English Titles

The Sandokan Series

The Mystery of the Black Jungle

The Tigers of Mompracem

The Pirates of Malaysia

The Two Tigers

The King of the Sea

Quest for a Throne

The Reckoning

The Black Corsair Series

The Black Corsair

The Queen of the Caribbean

Índice

- Capítulo 1: Sandokán y Yáñez
- Capítulo 2: Fiereza y generosidad
- Capítulo 3: El crucero
- Capítulo 4: Tigres y leopardos
- Capítulo 5: Fuga y delirio
- Capítulo 6: La Perla de Labuan
- Capítulo 7: Curación y amor
- Capítulo 8: A la caza del tigre
- Capítulo 9: La traición
- Capítulo 10: A la caza del pirata
- Capítulo 11: Giro-Batol
- Capítulo 12: La canoa de Giro-Batol
- Capítulo 13: Rumbo a Mompracem
- Capítulo 14: Amor y embriaguez
- Capítulo 15: El cabo inglés
- Capítulo 16: La expedición contra Labuan
- Capítulo 17: La cita nocturna
- Capítulo 18: Dos piratas en una estufa
- Capítulo 19: El fantasma de los casacas rojas
- Capítulo 20: A través de la selva
- Capítulo 21: El ataque de la pantera
- Capítulo 22: El prisionero
- Capítulo 23: Yáñez en la quinta

Capítulo 24: La mujer del Tigre

Capítulo 25: Hacia Mompracem

Capítulo 26: La reina de Mompracem

Capítulo 27: El bombardeo de Mompracem

Capítulo 28: En el mar

Capítulo 29: Los prisioneros

Capítulo 30: La fuga

Capítulo 31: Yáñez

Capítulo 32: La última batalla del Tigre

Capítulo 1

Sandokán y Yáñez

LA NOCHE DEL 20 de diciembre de 1849, un violentísimo huracán se desataba sobre Mompracem, isla salvaje de siniestra fama, refugio de terribles piratas, situada en el mar de Malasia, a pocos centenares de millas de las costas occidentales de Borneo.

Impulsados por un viento irresistible y entremezclándose confusamente, negros nubarrones corrían por el cielo como caballos desbocados, y de cuando en cuando dejaban caer sobre la impenetrable selva de la isla furiosos aguaceros; en el mar, levantadas también por el viento, olas enormes chocaban desordenadamente y se estrellaban con furia, confundiendo sus rugidos con las explosiones breves y secas unas veces, interminables otras, de los rayos.

Ni en las cabañas alineadas al fondo de la bahía de la isla, ni en las fortificaciones que la defendían, ni en los numerosos barcos anclados al amparo de los arrecifes, ni bajo los bosques, ni en la alborotada superficie del mar se divisaba luz alguna; sin embargo, si alguien que viniera de oriente hubiera mirado hacia arriba, habría podido ver brillar en la cima de un altísimo acantilado cortado a pico sobre el mar dos puntos luminosos: dos ventanas vivamente iluminadas.

Pero ¿quién podía velar, en aquella hora y con semejante tempestad, en la isla de los sanguinarios piratas?

En medio de un laberinto de trincheras destrozadas, de terraplenes caídos, de empalizadas arrancadas, de gaviones¹ rotos, al lado de los cuales podían divisarse todavía armas inutilizables y huesos humanos, se levantaba una amplia y sólida cabaña adornada en su cúspide con una gran bandera roja, que ostentaba en el centro la cabeza de un tigre.

Una de las habitaciones de la vivienda está iluminada; las paredes están cubiertas de pesados tejidos rojos y de terciopelos y brocados de gran calidad, pero ya manoseados, rotos y sucios; y el suelo queda

¹ Gaviones: Cestones de mimbre llenos de tierra, que sirven para defender de los tiros del enemigo a los que abren la trinchera.

oculto bajo una gruesa capa de alfombras persas, relucientes de oro, pero también rotas y manchadas.

En el centro hay una mesa de ébano, con incrustaciones de madreperla y adornada con flecos de plata, repleta de botellas y vasos del más puro cristal; en los ángulos se alzan grandes anaqueles, en parte caídos, llenos de jarrones rebosantes de brazaletes de oro, pendientes, anillos, medallones, preciosos ornamentos sagrados, retorcidos o aplastados, perlas procedentes sin duda de las famosas pesquerías de Ceilán², esmeraldas, rubíes y diamantes, que centellean como otros tantos soles bajo los reflejos de una lámpara dorada suspendida del techo.

En un rincón hay un diván turco con los flecos arrancados en varios lugares; en otro, un armonio³ de ébano con las teclas destrozadas y, espaciados alrededor, en una confusión indescriptible, hay alfombras enrolladas, espléndidos vestidos, cuadros quizá debidos a célebres pinceles, lámparas derribadas, botellas de pie o volcadas, vasos enteros o rotos, y además carabinas indias con arabescos, trabucos⁴ españoles, sables, cimitarras⁵, hachetas, puñales y pistolas.

En esa habitación tan extrañamente decorada, un hombre está sentado en un butacón cojo: es alto, esbelto, de fuerte musculatura, con rasgos enérgicos varoniles, fieros, y de una extraña belleza.

Largos cabellos le caen hasta los hombros: una barba negrísima le enmarca un rostro ligeramente bronceado.

Tiene la frente amplia, sombreada por dos espesas cejas de arcos atrevidos; una boca pequeña que muestra unos dientes afilados como los de las fieras y relucientes como perlas; dos ojos negrísimos, que despiden un fulgor que fascina, que abrasa, que hace bajar la vista a cualquiera.

² Ceilán: Sri Lanka. Isla del océano Índico, frente a la India.

³ Armonio: Órgano pequeño, parecido al piano, y al cual se da aire por medio de un fuelle que se mueve con los pies.

⁴ Trabuco: Un arma de fuego más corta y de mayor calibre que la escopeta ordinaria.

⁵ Cimitarra: Un sable con una hoja curva larga, originario de Oriente Medio.

Llevaba sentado unos cuantos minutos, con los ojos fijos en la lámpara y las manos cerradas nerviosamente alrededor de la preciosa cimitarra que le colgaba de una larga faja de seda roja, sujeta alrededor de una casaca de terciopelo azul con flecos de oro.

Un estruendo formidable, que sacudió la gran cabaña hasta sus cimientos, lo arrancó bruscamente de aquella inmovilidad. Se echó hacia atrás los largos y ensortijados cabellos, se aseguró en la cabeza el turbante adornado con un espléndido diamante, grueso como una nuez, y se levantó de repente, echando a su alrededor una mirada en la que se podía leer un no sé qué de tétrico y amenazador.

—Es medianoche —murmuró—. ¡Medianoche, y todavía no ha vuelto!

Vació lentamente un vaso lleno de whisky, después abrió la puerta, se adentró con paso firme entre las trincheras que defendían la cabaña, y se paró al borde del gran acantilado, a cuyos pies rugía furiosamente el mar.

Se detuvo allí unos minutos con los brazos cruzados, inmóvil como la roca que lo sostenía, aspirando por encima del mar revuelto; luego se retiró lentamente, volvió a entrar en la cabaña y se paró delante del armonio.

—¡Qué contraste! —exclamó—. ¡Fuera el huracán y yo aquí! ¿Quién es más terrible de los dos?

Deslizó los dedos sobre las teclas, obteniendo algunos sonidos muy rápidos, que tenían algo de extraño y salvaje; luego fueron disminuyendo, hasta que se perdieron entre el estruendo de los truenos y los silbidos del viento.

De pronto, volvió con vivacidad la cabeza hacia la puerta que había dejado entreabierta. Se quedó unos momentos escuchando, inclinado hacia adelante, con los oídos atentos; luego salió rápidamente, llegando hasta el borde del acantilado.

Al rápido resplandor de un relámpago divisó un pequeño barco, con las velas casi arriadas, que entraba en la bahía, confundándose en medio de los otros barcos anclados.

Nuestro hombre acercó a sus labios un silbato de oro y emitió tres notas estridentes; un silbido agudo contestó unos momentos después.

—¡Es él! —murmuró con viva emoción—. ¡Ya era hora!

Cinco minutos después, un ser humano, envuelto en una amplia capa chorreando agua, se presentaba delante de la cabaña.

—¡Yáñez! —exclamó el hombre del turbante, echándole los brazos al cuello.

—¡Sandokán! —respondió el recién llegado, con un acento extranjero muy marcado—. ¡Brrr! ¡Qué noche de infierno, hermanito mío!

—¡Ven!

Atravesaron rápidamente las trincheras y entraron en la habitación iluminada, cerrando la puerta.

Sandokán llenó dos vasos y, ofreciendo uno al extranjero, que se había desembarazado de la capa y de la carabina⁶ que llevaba en bandolera, le dijo con un acento casi afectuoso:

—Bebe, mi buen Yáñez.

—A tu salud, Sandokán.

—A la tuya.

Vaciaron los vasos y se sentaron delante de la mesita.

El recién llegado era un hombre de unos treinta y tres o treinta y cuatro años, un poco mayor que su compañero. De mediana estatura, de constitución muy fuerte, tenía la piel blanquísima, las facciones regulares, los ojos azules, astutos, los labios finos y burlones, indicio de una voluntad de hierro. Se veía a primera vista que era europeo y que debía de pertenecer a alguna raza meridional.

—Bueno, Yáñez —preguntó Sandokán con cierta emoción—: ¿has visto a la joven de los cabellos de oro?

—No, pero sé cuánto querías saber.

—¿No has ido a Labuan?

—Sí, pero comprenderás que en aquellas costas, vigiladas por los cruceros⁷ ingleses, no nos resultará fácil desembarcar a gente como nosotros.

—Háblame de esa joven. ¿Quién es?

⁶ Carabina: Arma de fuego similar al rifle, pero generalmente más corta y con menor potencia de fuego, a un fusil o mosquete.

⁷ Crucero: Buques de guerra de gran velocidad y radio de acción, compatibles con fuerte armamento.

—Puedo decirte que es una criatura maravillosamente hermosa, tan hermosa que es capaz de embrujar al más formidable pirata.

—¡Ah! —exclamó Sandokán.

—Me han dicho que tiene los cabellos rubios como el oro, los ojos más azules que el mar, la piel blanca como el alabastro. Sé que Alambra, uno de nuestros más feroces piratas, la vio una tarde pasearse por los bosques de la isla, y quedó tan impresionado por aquella belleza, que detuvo su nave para contemplarla mejor, con peligro de haber sido destrozado por los cruceros ingleses.

—Pero ¿a quién pertenece?

—Algunos dicen que es hija de un colono; otros, que lo es de un lord, y otros, en fin, que es nada menos que pariente del gobernador de Labuan.

—Extraña criatura —murmuró Sandokán oprimiéndose la frente con las manos.

—¿Entonces...? —preguntó Yáñez.

El pirata no respondió. Se levantó bruscamente, presa de una viva emoción, y, llegándose hasta el armonio, dejó que sus dedos se deslizaran por las teclas.

Yáñez se limitó a sonreír y, descolgando de un clavo un viejo laúd, se puso a puntear sus cuerdas, diciendo:

—¡Está bien! Hagamos un poco de música.

Pero apenas había comenzado a tocar un aire portugués, cuando vio a Sandokán acercarse bruscamente a la mesa, apoyando las manos en ella con tal violencia, que hizo que se doblara.

Ya no era el mismo hombre de antes: su frente estaba borrascosamente fruncida, sus ojos despedían sombríos destellos, sus labios, separados, mostraban los dientes convulsamente apretados, y sus miembros se estremecían. En aquel momento era el formidable jefe de los feroces piratas de Mompracem, el hombre que desde hacía diez años ensangrentaba las costas de Malasia, el hombre que en todas partes había sostenido terribles batallas, el hombre a quien su extraordinaria audacia e indomable coraje le habían valido el apodo de Tigre de Malasia.

—¡Yáñez! —exclamó con un tono de voz que ya no tenía nada de humano—. ¿Qué hacen los ingleses en Labuan?

—Están fortificándose —contestó tranquilamente el europeo.

—¿Quizá están tramando algo contra mí?

—Eso creo.

—¡Ah! ¿Lo crees? ¡Que se atrevan a levantar un dedo contra mi Mompracem! ¡Diles que intenten desafiar a los piratas en su escondrijo! El Tigre los destruirá hasta el último y se beberá toda su sangre. Dime, ¿qué dicen de mí?

—Que ya es hora de que se acabe con un pirata tan audaz.

—¿Me odian mucho?

—Tanto, que consentirían perder todos sus barcos con tal de ahorcarte.

—¡Ah!

—¿Lo dudas? Hermanito mío, llevas ya muchos años haciendo una mala y otra peor. En todas las costas hay huellas de tus correrías; todos los pueblos y todas las ciudades han sido atacados y saqueados; todos los fuertes holandeses, españoles e ingleses han recibido tus balas, y el fondo del mar está erizado de naves que tú has echado a pique.

—Es verdad, pero ¿quién tiene la culpa? ¿Acaso los hombres de raza blanca no han sido inexorables conmigo? ¿Acaso no me destronaron con el pretexto de que me hacía demasiado poderoso? ¿Acaso no asesinaron a mi madre, a mis hermanos y a mis hermanas, para destruir mi estirpe? ¿Qué mal les había hecho yo a ellos? ¡La raza blanca no había tenido nunca nada contra mí y a pesar de ello quisieron aplastarme! Ahora los odio, sean españoles, holandeses, ingleses o tus compatriotas portugueses; los maldigo y mi venganza será terrible: ¡lo juré sobre los cadáveres de mi familia y mantendré mi juramento! Si he sido despiadado con mis enemigos, espero que alguna voz se levantara para decir que a veces también he sido generoso.

—No una, sino cientos, miles de voces pueden decir que con los débiles has sido hasta demasiado generoso —dijo Yáñez—. Pueden decirlo todas las mujeres que han caído en tu poder y que has llevado a los puertos de los hombres blancos, con peligro de que los cruceros te echaran a pique; pueden decirlo las débiles tribus que has defendido de los saqueos de los poderosos, los pobres marinos privados de sus barcos en la tempestad y que tú has salvado de las olas y cubierto de regalos, y otros cientos y miles que siempre

recordarán tu benevolencia, Sandokán. Pero dime, hermanito mío, ¿dónde quieres ir a parar?

El Tigre de Malasia no contestó. Se puso a pasear por la habitación con los brazos cruzados y con la cabeza inclinada sobre el pecho. ¿En qué pensaba aquel hombre formidable? El portugués Yáñez, aunque hacía mucho tiempo que lo conocía, no podía adivinarlo.

—Sandokán —dijo al cabo de algunos minutos—, ¿en qué piensas?

El Tigre se detuvo mirándolo fijamente, pero no respondió.

—¿Te atormenta algún pensamiento? —prosiguió Yáñez—. ¡Bah! Diríase que te afliges porque te odian tanto los ingleses.

Pero también entonces permaneció el pirata silencioso.

El portugués se levantó, encendió un cigarrillo y se acercó a una puerta oculta por el cortinaje, diciendo:

—Buenas noches, hermanito mío.

Sandokán, al oír aquellas palabras, se sobresaltó y, deteniendo a su amigo con un ademán, dijo:

—Una palabra, Yáñez.

—Habla, entonces.

—¿Sabes que quiero ir a Labuan?

—¡Tú...! ¡A Labuan!

—¿Por qué tanta sorpresa?

—Porque eres demasiado audaz y cometerás alguna locura en el escondrijo de tus más encarnizados enemigos.

Sandokán lo miró con dos ojos que despedían llamas y emitió una especie de sordo rugido.

—Hermano mío —prosiguió el portugués—, no tientes demasiado a la suerte. ¡Estate en guardia! La hambrienta Inglaterra ha puesto sus ojos sobre nuestra Mompracem y quizá no espere tu muerte para lanzarse sobre tus tigres y destruirlos. Estate en guardia, porque he visto un crucero erizado de cañones y repleto de armas rondando por nuestras aguas, y ése es un león que sólo está esperando su presa.

—¡Pero encontrará al Tigre! —exclamó Sandokán apretando los puños y temblando de pies a cabeza.

—Sí, lo encontrará y quizá sucumba en la batalla, pero su grito de muerte llegará hasta las costas de Labuan y otros se moverán contra ti. Morirán muchos leones, puesto que tú eres fuerte y terrible, ¡pero morirá también el Tigre!

—Yo...

Sandokán había dado un salto hacia adelante con los brazos contraídos por el furor, los ojos centelleantes y las manos apretadas como si empuñaran las armas. Pero fue un relámpago, se sentó a la mesa, apuró de un solo trago una copa que había quedado llena y dijo con voz perfectamente tranquila:

—Tienes razón, Yáñez; a pesar de todo, mañana iré a Labuan. Una fuerza irresistible me empuja hacia esas playas, y una voz me susurra que debo ver a la joven de los cabellos de oro, que debo...

—¡Sandokán...!

—Silencio, hermano mío, vámonos a dormir.

Capítulo 2

Fiereza y generosidad

AL DÍA SIGUIENTE, unas horas después de aparecer el sol, salía Sandokán de la cabaña, dispuesto a emprender la arriesgada empresa.

Iba vestido de guerra: se había puesto largas botas de piel roja, su color preferido, y una espléndida casaca de terciopelo también roja, adornada con bordados y flecos, y largos pantalones de seda azul. Llevaba en bandolera una preciosa carabina india con arabescos y de largo alcance; a la cintura, una pesada cimitarra con la empuñadura de oro macizo y un *keris*, ese puñal de hoja ondulada y envenenada tan apreciado en aquellas poblaciones de Malasia.

Se detuvo un momento a la orilla del gran acantilado, recorriendo con su mirada de águila la superficie del mar, que se había quedado lisa y tersa como un espejo, y miró a oriente.

—Es allá —murmuró, después de algunos instantes de contemplación—. Extraño destino que me empujas allí, ¡dime si me serás fatal! ¡Dime si esa mujer de los ojos azules y de los cabellos de oro, que cada noche turba mis sueños, será mi perdición!...

Movió la cabeza como queriendo ahuyentar un mal pensamiento; luego bajó con paso lento una estrecha escalera abierta en la roca y que conducía a la playa.

Un hombre lo estaba esperando abajo: era Yáñez.

—Todo está dispuesto —dijo—. He mandado preparar las dos mejores embarcaciones de nuestra flota, reforzándolas con dos gruesas espingardas.⁸

—¿Y los hombres?

—Todas las bandas están formadas en la playa, con sus respectivos capitanes. No tendrás más que escoger a las mejores.

—Gracias, Yáñez.

—No me des las gracias, Sandokán, quizá haya preparado tu ruina.

—No temas, hermano mío; las balas tienen miedo de mí.

—Sé prudente, muy prudente.

—Lo seré y te prometo que en cuanto haya visto a esa joven volveré aquí.

—¡Condenada mujer! Estrangularía al pirata que la vio por primera vez y te habló de ella.

—Vamos, Yáñez.

Atravesaron una explanada defendida por grandes baluartes, terraplenes y fosos profundos, y armada de gruesas piezas de artillería, y llegaron a la orilla de la bahía, en medio de la cual flotaban doce o quince veleros, de los llamados *praos*.⁹

Delante de una larga hilera de cabañas y de sólidos edificios, que parecían almacenes, trescientos hombres estaban perfectamente alineados, en espera de una orden cualquiera para arrojar a los barcos, como una legión de demonios, y llevar el terror a todos los mares de Malasia. ¡Qué hombres y qué tipos!

Había malayos, de estatura más bien baja, vigorosos y ágiles como monos, cara cuadrada y huesuda, color oscuro, hombres famosos por su audacia y ferocidad. Los había de *batak*¹⁰, de color aún más oscuro, conocidos por su afición a la carne humana, aunque dotados de una civilización relativamente avanzada; de *dayakos* de la cercana isla de Borneo, de alta estatura, bellos rasgos, célebres por sus

⁸ Espingarda: Cañón de artillería algo mayor que el falconete y menor que la pieza de batir.

⁹ Praos: Embarcaciones malayas de poco calado, muy largas y estrechas.

¹⁰ Batak: Uno de los pueblos del norte de Sumatra, con centro en el lago Toba.

estragos, que les valieron el título de *cortadores de cabezas*; de siameses, con su rostro romboidal y ojos con reflejos amarillentos; de cochinchinos, de color amarillo y con la cabeza adornada por una cola desmesurada; había también indios, bugineses, javaneses, tagalos de Filipinas y, en fin, negritos con sus enormes cabezas y rasgos repelentes.

Al aparecer el Tigre de Malasia, un bramido recorrió la larga fila de piratas; todos los ojos parecieron incendiarse y todas las manos empuñaron las armas.

Sandokán echó una mirada complacida a sus tigres, como le gustaba llamarlos, y dijo:

—Patán, acércate.

Un malayo de alta estatura, poderosos miembros y color aceitunado, vestido con una simple falda roja adornada de plumas, avanzó con ese balanceo típico de los hombres de mar.

—¿Con cuántos hombres cuenta tu banda? —le preguntó.

—Cincuenta, Tigre de Malasia.

—¿Todos buenos?

—Todos sedientos de sangre.

—Embárcalos en aquellos dos *praus* y deja la mitad al javanés Giro-Batol.

—¿Y adónde vamos?

Sandokán le lanzó una mirada que lo hizo estremecerse por su imprudencia, aunque era uno de esos hombres que se ríen de la metralla.

—Obedece sin rechistar, si quieres seguir viviendo —le dijo Sandokán.

El malayo se alejó rápidamente, llevándose tras él su banda, compuesta de hombres valerosos hasta la locura, y que a una señal de Sandokán no habrían dudado en saquear el mismísimo sepulcro de Mahoma, aunque eran todos mahometanos.

—Vamos, Yáñez —dijo Sandokán, cuando vio que todos estaban embarcados.

Estaban a punto de llegar a la playa, cuando fueron alcanzados por un feo negro de enorme cabeza, con manos y pies de una grandeza desproporcionada, un verdadero campeón de aquellos horribles

negritos que podían encontrarse en el interior de casi todas las islas de Malasia.

—¿Qué quieres y de dónde vienes, Kili-Dalú? —le preguntó Yáñez.

—Vengo de la costa meridional —contestó el negrito, respirando afanosamente.

—¿Y qué nos traes?

—Una buena nueva, jefe blanco; he visto un gran junco¹¹ que navegaba hacia las islas Romades.

—¿Iba cargado?

—Sí, Tigre.

—Está bien; dentro de tres horas caerá en mi poder.

—¿Y después irás a Labuan?

—Directamente, Yáñez.

Se detuvieron ante una soberbia ballenera, montada por cuatro malayos.

—Adiós, hermano —dijo Sandokán, abrazando a Yáñez.

—Adiós, Sandokán. Cuidado con hacer locuras.

—No temas, seré prudente.

—Adiós, y que tu buena estrella te proteja.

Sandokán saltó a la ballenera, y en pocas paladas se acercó a los *praos*, que estaban desplegando sus inmensas velas. Desde la playa se alzó un inmenso grito:

—¡Viva el Tigre de Malasia!

—Vámonos —ordenó el pirata dirigiéndose a las dos tripulaciones.

Levaron anclas las dos escuadras de demonios, color verde aceituna o amarillo sucio, y las dos embarcaciones, dando dos bordadas, se lanzaron a alta mar, resoplando sobre las azules olas del mar malayo.

—¿Ruta? —preguntó Patán a Sandokán, que se había puesto al mando del barco mayor.

—¡Directos a las islas Romades! —contestó el jefe.

Después, dirigiéndose a las tripulaciones, gritó:

—¡Tigres, abrid bien los ojos; tenemos que saquear un junco!

El viento, que soplaba del sudoeste, era bueno, y el mar, ligeramente picado, no oponía resistencia al curso de los dos barcos, que en poco tiempo alcanzaron una velocidad superior a los doce

¹¹ Junco: una pequeña embarcación de China y las Indias orientales.

nudos, velocidad realmente poco común en los barcos de vela, pero no extraordinaria para los barcos malayos, que llevan velas inmensas y son de casco estrechísimo y ligero.

Los dos barcos con los que el tigre iba a empezar la audaz empresa no eran dos verdaderos *praos*, los cuales ordinariamente son pequeños y sin puente.

Sandokán y Yáñez, que en lo tocante a cosas del mar no tenían rival en toda Malasia, habían modificado todos sus veleros para atacar con ventaja a las naves que perseguían.

Habían conservado las inmensas velas, cuya longitud alcanzaba los cuarenta metros, e igualmente los mástiles, gruesos pero dotados de cierta flexibilidad, y los cabos de fibra de *gamuto*¹² y de *rotang*, más resistentes que las maromas y más fáciles de encontrar. En cambio, habían dado a los cascos mayores dimensiones, una forma más esbelta a la quilla, y a la proa una solidez a toda prueba.

Además, en todos los barcos habían construido un puente y abierto agujeros en los costados para los remos; habían eliminado uno de los dos timones que llevaban los *praos* y suprimido los balancines para que no pudieran dificultar los abordajes.

A pesar de que los dos *praos* se encontraban aún a una gran distancia de las islas Romades, hacia las cuales se suponía que se dirigía el junco descubierto por Kili-Dalú, apenas se corrió la noticia de la presencia de aquel barco, los piratas pusieron enseguida manos a la obra, para poder estar prestos para el combate.

Los dos cañones y las dos gruesas espingardas fueron cargados con el máximo cuidado; dispusieron en el puente una gran cantidad de balas y granadas para lanzarlas a mano, y luego fusiles, hachas, sables de abordaje, y colocaron en la borda los garfios de abordaje para lanzarlos sobre las jarcias del buque enemigo.

Hecho esto, aquellos demonios, cuyas miradas ya se encendían de ardiente deseo, se pusieron en observación, unos sobre las *batayolas*¹³,

¹² El gamut, o gamuto, es un filamento que se extrae de la base de las hojas de las palmas y se usa para trenzar cuerdas y otros objetos en las islas Molucas y en Filipinas

¹³ Batayolas: Cajón donde se guardan de día los coyos o catres de la tripulación.

otros sobre los flechastes¹⁴ y otros a horcajadas sobre las vergas¹⁵ todos ansiosos de descubrir el junco, que prometía un rico saqueo, pues tales naves procedían ordinariamente de los puertos de China.

También Sandokán parecía participar de la ansiedad y excitación de sus hombres. Caminaba de proa a popa con paso nervioso, escudriñando la inmensa extensión de agua y apretando con una especie de rabia la empuñadura de oro de su espléndida cimitarra.

A las diez de la mañana Mompracem desaparecía en el horizonte, pero el mar seguía desierto.

Ni un escollo a la vista, ni una columna de humo que indicase la presencia de un piróscafo¹⁶, ni un punto blanco que señalase la proximidad de algún velero.

Una viva impaciencia empezaba a adueñarse de la tripulación de los dos barcos: los hombres subían y bajaban de los aparejos maldiciendo, artillaban las baterías con fusiles y hacían destellar las relucientes hojas de sus *keris* envenenados y de las cimitarras.

De pronto, poco después del mediodía, desde lo alto del palo mayor se oyó una voz:

—¡Eh! ¡Alerta a sotavento!

Sandokán interrumpió su paseo. Lanzó una rápida mirada sobre el puente de su propio barco, otra sobre el mandado por Giro-Batol; y luego ordenó:

—¡Tigres! ¡A vuestros puestos de combate!

En menos tiempo de lo que se tarda en decirlo, los piratas que habían subido a los palos bajaron a cubierta, ocupando sus puestos asignados.

—Pagkon —dijo Sandokán, volviéndose hacia el hombre que había quedado de vigía en el mástil—. ¿Qué ves?

—Una vela, Tigre.

—¿Es un junco?

¹⁴ Flechaste: Cada uno de los cordeles horizontales que, ligados a los obenques a lo largo de las jarcias, sirven de escalones a la marinería para subir a ejecutar las maniobras en lo alto de los palos.

¹⁵ Vergas: Cada una de las perchas donde se aseguran las extremidades u orillas de las velas.

¹⁶ Piróscafo: Buque de vapor.

—Es la vela de un junco, sin lugar a dudas.

—Hubiera preferido un barco europeo —murmuró Sandokán, frunciendo el ceño—. Ningún odio me empuja contra los hombres del Celeste Imperio. Pero quién sabe...

Reemprendió el paseo y no volvió a hablar.

Pasó una media hora, durante la cual los dos *praos* ganaron cinco nudos. Luego, volvió a oírse la voz de Pagkon.

—¡Capitán, es un junco! —gritó—. Tened cuidado, porque nos ha divisado y está cambiando de rumbo.

—¡Ah! —exclamó Sandokán—. ¡Eh, Giro-Batol! Maniobra de forma que le impidas la huida.

Los dos barcos se separaron y, describiendo un amplio semicírculo, se dirigieron con todas las velas desplegadas al encuentro del barco mercante.

Era ésta una de esas pesadas embarcaciones llamadas juncos, de forma burda y de dudosa solidez, utilizadas en los mares de China.

En cuanto se percató de la maniobra de los dos barcos sospechosos, contra los cuales no podía competir en velocidad, el junco se paró enarbolando un gran estandarte.

Al ver el estandarte, Sandokán dio un salto hacia adelante.

—La bandera del rajá Brooke, el Exterminador de los piratas —gritó, con un indescriptible acento de odio—. ¡Tigres! ¡Al abordaje! ¡Al abordaje!...

Un alarido salvaje, feroz, estalló en las dos tripulaciones, las cuales no ignoraban la fama del inglés James Brooke, que se había convertido en rajá de Sarawak, y era enemigo despiadado de los piratas: un gran número de ellos había caído bajo sus golpes.

Patán, de un salto, alcanzó el cañón mientras los demás apuntaban la espingarda y armaban las carabinas.

—¿Empiezo?

—Sí, pero no desperdicies la bala.

—¡Está bien!

De pronto, una detonación retumbó a bordo del junco y una bala de pequeño calibre pasó con un agudo silbido a través de las velas.

Patán se agachó sobre su cañón e hizo fuego; el efecto fue inmediato: el palo mayor del junco, roto por la base, osciló violentamente hacia adelante y hacia atrás y cayó sobre cubierta, con

las velas y todos los cordajes. A bordo del desafortunado junco se vio a algunos hombres correr al costado del barco y después desaparecer.

—¡Mira, Patán! —gritó Pagkon.

Un pequeño bote, montado por seis hombres, se alejaba del junco y huía hacia las Romades.

—¡Ah! —exclamó Sandokán con ira—. ¡Hay hombres que huyen en lugar de luchar! ¡Patán, haz fuego sobre esos cobardes!

El malayo disparó a flor de agua una carga de metralla que destrozó el bote, fulminando a todos los que iban en él.

—¡Bravo, Patán! —gritó Sandokán—. Y ahora, déjame ese barco raso como una barcaza, pues veo aún sobre él una numerosa tripulación. ¡Después lo enviaremos a reparar a los arsenales del rajá, si los tiene!

Los dos barcos corsarios reemprendieron la infernal música, lanzando balas, granadas y ráfagas de metralla hacia el pobre barco, destrozando el palo del trinquete y desfondando las amuras y los costados, reduciendo su maniobrabilidad y matando a sus marineros, que se defendían desesperadamente a tiros de fusil.

—¡Bravos! —exclamó Sandokán, que admiraba el valor de los pocos hombres que habían quedado en el junco—. ¡Tirad, tirad aún contra nosotros! ¡Sois dignos de combatir contra el Tigre de Malasia!

Los dos barcos corsarios, cubiertos de espesa nube de humo, en medio de la cual relampagueaba la artillería, se iban acercando, poco a poco, al junco y en contados instantes estaban colocados, uno a babor y otro a estribor de la nave atacada.

—¡Atranca a sotavento! —gritó Sandokán que había empuñado la cimitarra.

Su *prao* abordó al junco por el flanco de babor y de inmediato los piratas arrojaron los garfios y amarraron así ambos buques.

—¡Al asalto, tigres! —tronó el terrible pirata.

Se recogió sobre su cuerpo como un tigre que se dispone a dar el salto sobre su presa y en momentos en que iba a precipitarse sobre la borda del junco una mano poderosa lo detuvo.

Se volvió lanzando un alarido de furor, pero el hombre que había atrevido a pararlo de un salto se puso delante de él, cubriéndolo con su propio cuerpo.

—¡Tú, Pagkon! —gritó Sandokán levantando sobre él su cimitarra.

Pero en ese preciso instante partió del junco un tiro de fusil y el pobre Pagkon cayó fulminado a sus pies.

—¡Ah, gracias mi tigre! ¡Me has salvado!

Se arrojó hacia adelante como un toro herido, se agarró a la boca de un cañón, se plantó sobre el puente del junco, y se precipitó entre los combatientes con aquella loca temeridad que todos admiraban.

Casi toda la tripulación del buque mercante se le echó encima para cortarle el paso.

—¡A mí, tigres! —gritó, abatiendo dos hombres con el revés de la cimitarra.

Diez o doce piratas, subiendo como monos por los aparejos y saltando las amuras, se precipitaron en cubierta, mientras el otro *prao* lanzaba sus garfios de abordaje.

—¡Rendíos! —gritó Sandokán a la tripulación del junco.

Los siete u ocho hombres que todavía sobrevivían, viendo otros piratas invadir la toldilla, arrojaron las armas sobre la cubierta.

—¿Quién es el capitán? —preguntó Sandokán.

—Yo —contestó un chino, y se adelantó temblando.

—Eres un valiente y tus hombres son dignos de ti —dijo Sandokán—. ¿Adónde vais?

—A Sarawak.

Una profunda arruga se dibujó en la amplia frente del pirata.

—¡Ah! —exclamó con voz ronca—. Vas a Sarawak. ¿Y qué hace el rajá Brooke, el Exterminador de los piratas?

—No lo sé, porque falto de Sarawak desde hace varios meses.

—No importa, pero le dirás que un día iré a echar el ancla a su bahía y que allí esperaré sus barcos. ¡Y veremos si el Exterminador de los piratas será capaz de vencer a los míos!

Después se arrancó del cuello una hilera de diamantes de trescientas o cuatrocientas mil liras de valor y, ofreciéndosela al capitán del junco, dijo:

—Tómalos, valiente. Siento haberte destrozado el junco, pero con estos diamantes podrás comprarte otros diez.

—Pero ¿quién sois vos? —preguntó el capitán, estupefacto.

Sandokán se le acercó y, poniéndole las manos en los hombros, le dijo:

—Mírame bien, yo soy el Tigre de Malasia.

Y luego, antes de que el capitán y sus marineros pudieran reponerse de su asombro y terror, Sandokán y sus piratas ya habían vuelto a sus barcos.

—¿Ruta? —preguntó Patán.

El Tigre levantó el brazo indicando hacia el este; luego, con voz metálica, en la que se notaba una gran vibración, gritó:

—¡Tigres, a Labuan! ¡A Labuan!

Capítulo 3

El crucero

DESPUÉS DE HABER abandonado el desarbolado y hendido junco, que sin embargo no corría peligro de irse a pique, al menos por el momento, los dos barcos de presa reemprendieron el curso hacia Labuan, la isla habitada por aquella joven de los cabellos de oro, a la que Sandokán quería ver a toda costa.

El viento se mantenía al noroeste y era bastante fresco; el mar seguía tranquilo, favoreciendo el curso de los dos *praos*, que corrían a diez u once nudos por hora.

Sandokán, después de haber mandado limpiar el puente, arreglar las jarcias cortadas por las balas enemigas, arrojar al mar el cadáver de Pagkon y de otro pirata muerto de un balazo, y cargar los fusiles y las espingardas, encendió un espléndido *narguile*¹⁷, procedente sin duda de algún bazar indio o persa, y llamó a Patán.

El malayo se apresuró a obedecer.

—Dime, malayo —dijo el Tigre, clavándole en el rostro dos ojos que infundían pavor—. ¿Sabes cómo ha muerto Pagkon?

—Sí —respondió Patán, estremeciéndose al ver al pirata tan ceñudo.

—Cuando yo voy al abordaje, ¿sabes cuál es tu sitio?

¹⁷ Narguile: Pipa para fumar, muy usada por los orientales, compuesta de un largo tubo flexible, del recipiente en que se quema el tabaco y de un vaso lleno de agua perfumada, a través de la cual se aspira el humo.

—Detrás de vos.

—Y tú no estabas allí, y Pagkon ha muerto en tu lugar.

—Es verdad, capitán.

—Debería fusilarte por esta falta, pero tú eres un valiente y no me gusta sacrificar inútilmente a los valientes. Pero, en el primer abordaje, te dejarás matar a la cabeza de mis hombres.

—Gracias, Tigre.

—Sabau —exclamó después Sandokán.

Otro malayo, cuyo rostro estaba cruzado por una profunda herida, se acercó.

—¿Has sido tú el primero en saltar al junco detrás de mí? —le preguntó Sandokán.

—Sí, Tigre.

—Está bien. Cuando muera Patán, tú le sucederás en el mando.

Dicho esto, atravesó a pasos lentos el puente y bajó a su camarote, situado a popa.

Durante el día, los dos *praos* continuaron navegando por aquel trecho de mar comprendido entre Mompracem y las Romades al oeste, la costa de Borneo al este y al noroeste, y Labuan y las Tres Islas al norte, sin encontrar ningún barco mercante.

La siniestra fama de que gozaba el Tigre se había esparcido por aquellos mares, y muy pocos barcos se atrevían a aventurarse por aquellos lugares. La mayor parte huían de aquellos parajes, continuamente transitados por los barcos corsarios, y se mantenían al socaire de la costa, dispuestos, al primer peligro, a lanzarse a tierra, al menos para poder salvar la vida.

Apenas cayó la noche, los dos barcos amainaron las grandes velas para protegerse contra inesperadas ráfagas de viento, y se acercaron el uno al otro para no perderse de vista y estar preparados para ayudarse mutuamente.

Hacia la medianoche, en el momento mismo en que pasaban por delante de las Tres Islas, que son los centinelas avanzados de Labuan, Sandokán se presentó en el puente.

Seguía presa de una gran agitación. Se puso a pasear de proa a popa, con los brazos cruzados, encerrado en un feroz silencio. Pero, de cuando en cuando, se paraba para escudriñar la negra superficie del mar, subía a las amuradas para abarcar mejor el horizonte y

después se agazapaba y se ponía a la escucha. ¿Qué esperaba oír? ¿Quizá el gruñido de alguna máquina que le indicase la presencia de un crucero, o acaso el ruido de las olas que se iban rompiendo sobre las costas de Labuan?

A las tres de la mañana, cuando las estrellas empezaban a palidecer, Sandokán gritó:

—¡Labuan!

En efecto, hacia el este, allí donde el mar se confundía con el horizonte, se podía divisar confusamente una estrecha línea oscura.

—¡Labuan! —repitió el pirata, respirando como si se hubiera quitado de encima un gran peso que le oprimía el corazón.

—¿Tenemos que seguir adelante? —le preguntó Patán.

—Sí —respondió el Tigre—. Entraremos en el río que ya conoces.

La orden fue transmitida a Giro-Batol, y los dos barcos se dirigieron en silencio hacia la suspirada isla.

Labuan, cuya superficie no rebasa los 116 kilómetros cuadrados, no era en aquellos tiempos el importante puerto que es hoy.

Ocupada en 1846 por sir Rodney Mundy, comandante del *Iris*, por orden del gobierno inglés, que intentaba aniquilar la piratería, sólo contaba entonces con un millar de habitantes, casi todos de raza malaya, y unos doscientos blancos.

Por entonces habían fundado apenas una ciudadela, a la que habían dado el nombre de Victoria, fortificándola con algunos baluartes, para impedir que fuera destruida por los piratas de Mompracem, que ya varias veces habían saqueado sus costas. El resto de la isla estaba cubierto por espesos bosques, todavía poblados de tigres, y sólo algunas factorías se habían construido en sus alturas o en sus praderas.

Los dos *praos*, después de haber costeado durante algunas millas la isla, entraron silenciosamente en un pequeño río, cuyas orillas estaban cubiertas de una riquísima vegetación, y lo remontaron unos seiscientos o setecientos metros, anclando bajo la oscura sombra de grandes árboles.

Un crucero que hubiera batido las costas no habría logrado descubrirlos, ni habría podido sospechar la presencia de aquellos tigres, emboscados como los tigres de las Sundarbans indias.

A mediodía Sandokán, después de haber enviado dos hombres a la desembocadura del río y otros dos a la selva para no ser sorprendido, se armó de su carabina y desembarcó seguido de Patán.

Había recorrido alrededor de un kilómetro, adentrándose en la espesura de la selva, cuando se detuvo bruscamente al pie de un colosal durián, cuyo delicioso fruto, erizado de durísimas espinas, se agitaba bajo los picotazos de una bandada de tucanes.

—¿Habéis visto algún hombre? —preguntó Patán.

—No, escucha —contestó Sandokán.

El malayo aguzó el oído y escuchó unos lejanos ladridos.

—Hay alguien de cacería —dijo, levantándose.

—Vamos a ver.

Reemprendió el camino, pasando bajo los pimenteros, cuyas ramas estaban cargadas de racimos rojos, bajo los *artocarpus* o árboles del pan y bajo las *arengas*, entre cuyas hojas volaban batallones de lagartos voladores.

Los ladridos del perro se acercaban cada vez más, y en pocos momentos los dos piratas se encontraron en presencia de un feo negro, vestido con unos pantalones rojos y que llevaba atraillado un mastín.

—¿Adónde vas? —le preguntó Sandokán, cortándole el paso.

—Busco la pista de un tigre —contestó el negro.

—¿Y quién te ha dado permiso para cazar en mis bosques?

—Estoy al servicio de lord Guldek.

—¡Está bien! Ahora dime, esclavo maldito, ¿has oído hablar de una joven que se llama la Perla de Labuan?

—¿Quién no conoce en esta isla a esa bella criatura? Es el buen genio de Labuan, a quien todos quieren y adoran.

—¿Es hermosa? —preguntó Sandokán emocionado.

—Creo que ninguna mujer se le puede comparar.

Un fuerte sobresalto se apoderó del Tigre de Malasia.

—Dime —volvió a preguntar después de un instante de silencio—, ¿dónde vive?

—A dos kilómetros de aquí, en medio de una pradera.

—Me basta con eso; vete y, si estimas en algo tu vida, no mires para atrás.

Le dio un puñado de monedas de oro y, cuando el negro desapareció, se sentó a los pies de un gran *artocarpus*, murmurando:

—Esperamos la noche, y después iremos a echar un vistazo por los alrededores.

Patán lo imitó, tumbándose a la sombra de una areca, pero con la carabina a mano. Serían las tres de la tarde, cuando un acontecimiento imprevisto vino a interrumpir su espera.

Del lado de la costa se oyó un cañonazo, que hizo callar bruscamente a todos los pájaros que poblaban los bosques.

Sandokán se puso en pie de un salto, con la carabina entre las manos, completamente transfigurado.

—¡Un cañonazo! —exclamó—. ¡Vámonos, Patán! ¡Veo sangre!

Y se lanzó a saltos de tigre a través de la selva, seguido por el malayo, que, a pesar de ser ágil como un ciervo, a duras penas podía mantenerse detrás.